

Hugo Bouter

Isaac, o fructífero en la tierra

"Y se mudó de allí y cavó otro pozo, y no riñeron por él. Y llamó su nombre Rehobot, porque dijo: Porque ahora Jehová nos ha hecho lugar, y seremos fecundos en la tierra."

Génesis 26:22

Vivir como extranjero en la Tierra Prometida

La historia de Isaac transcurrió exclusivamente en la tierra de Canaán – si contemplamos la tierra del sur (el Negev) y la franja costera. Es una peculiaridad que llama nuestra atención, porque en la vida de los demás patriarcas fue diferente. En Génesis 24 Isaac no obtuvo el permiso de su padre para abandonar la tierra. Otra persona tuvo que ir a Harán en su lugar y encontrarle una esposa (v 5-9). En el capítulo 26, recibió una advertencia del Señor para que permaneciera en la tierra y se quedara a vivir allí como forastero. No debía ir a Egipto, como había hecho antes su padre Abram (Gn 12:10-20; 26:2-6).

En consecuencia, Isaac permaneció en Gerar, un lugar que está situado posiblemente al sur de Gaza. Más tarde, a petición de Abimelec, rey de los filisteos, se trasladó hacia el este y se estableció en el valle vecino (Gn 26:16-17; 26-27). El hecho de que Isaac no abandonara la Tierra Prometida no carece de importancia. Los cristianos podemos extraer importantes lecciones espirituales de ello. Como Hijo amado del Padre, Isaac es un tipo de Cristo, quien estuvo dispuesto a dar Su vida como sacrificio por el pecado. Y como Señor resucitado, ahora es el Heredero de todas las cosas (He 11:17-19). Él posee todo el poder en el cielo y en la tierra. La tierra de Canaán es una imagen de los lugares celestiales, donde Dios también nos

ha dado una herencia con Cristo. La carta a los Efesios confirma este paralelismo (Ef 1:3, 20; 2:6; 3:10; 6:12).

Hay dos aplicaciones doctrinales en relación con esta verdad. La primera hace referencia a Cristo como el Hijo amado, el Heredero del mundo que ha de venir; la segunda, a nosotros como «descendientes» de Abraham, como hijos de la promesa (Gá 3:29; 4:28).

(1) Isaac es un tipo de Cristo como el Señor glorificado en el cielo, a quien vemos allí con el ojo de la fe. En esta dispensación, Él no regresa a la tierra para buscar una novia y adquirir a Su compañera celestial. Esta es la obra del Espíritu Santo, que reúne a la iglesia en uno. Cristo no abandona Su lugar en el cielo, aunque ya es Heredero de todas las cosas. Como el Hombre celestial, espera a la diestra de Dios hasta que todo le sea sometido bajo Sus pies (Sal 8:5-7; 110:1 y citas en el Nuevo Testamento).

(2) Como cristianos, estamos unidos a nuestro Señor celestial por la fe. En Él hemos sido bendecidos con toda bendición espiritual en los lugares celestiales (Ef 1:3ss.). Como Isaac, Él es el Bendito de YAHVÉ (Gn 26:29), y nosotros también hemos sido bendecidos en Él y por medio de Él. Por lo tanto, ahora somos un pueblo celestial, ciudadanos de un reino que está en los cielos (Fil 3:20). Sin embargo, experimentamos esta ciudadanía en las circunstancias de la vida, y, en este sentido, vivimos como los patriarcas: peregrinando con un altar, una tienda y un pozo de agua (cf. Gn 26,25). Somos extranjeros y peregrinos en la tierra (He 11:13; 1 P 2:11), igual que Isaac vivió como extranjero en el país de los filisteos.

Con razón la vida de los patriarcas es tan instructiva. Por un lado, los cristianos no poseemos nada aquí y, por otro, lo poseemos todo (cf. 2 Co 6,10). Abraham, Isaac y Jacob vivían en tiendas en la Tierra Prometida, como en un país extranjero (He 11:9). Tenían las promesas de Dios, eran ricamente bendecidos; básicamente, eran los herederos de Canaán. Sin embargo, vagaban por ella como peregrinos, pues no eran sus dueños. Lo mismo nos ocurre a nosotros. Somos herederos de una patria celestial, una tierra mejor que la tierra de Canaán. Todas nuestras riquezas, tesoros y bendiciones se encuentran en el cielo. Somos un pueblo de Dios rico y bendecido, puesto que nos hemos enriquecido en Cristo en todos los aspectos (1 Co 1:5).

Sin movernos de este contexto, comparemos lo que el libro del Génesis dice de Isaac: «Isaac fue acumulando riquezas, hasta que llegó a ser muy rico» (Gn 26:13). Por el poder del Espíritu Santo, también podemos tomar posesión de nuestras riquezas y disfrutar de bendiciones en los lugares celestiales. Es la forma en que poseemos nuestra herencia en el poder de la fe, mientras hacemos camino como peregrinos y extranjeros aquí abajo. Las bendiciones celestiales nos pertenecen,

pero caminamos por fe, no por vista. Sabemos que, en este preciso momento, en lo que respecta a nuestras circunstancias terrenales estamos ausentes del Señor (2 Co 5:6).

Esto también es clave para entender muchos pasajes del Nuevo Testamento, especialmente de la epístola a los Efesios. Somos personas con una herencia celestial, pero la poseemos como peregrinos. De hecho, representamos a un Cristo celestial aquí en la tierra, donde fue rechazado, mostrando su imagen en un mundo que lo crucificó. Pronto apareceremos con Él en la gloria, aunque aquí ya revelemos la vida cristiana. Las características del hombre nuevo se manifiestan en nosotros por el poder del Espíritu Santo, que mora en el interior.

Sembrar y cosechar en la Tierra

Tan pronto como los israelitas entraron en la tierra de Canaán, el maná cesó, y ellos comieron de los productos de la tierra (Jos 5:12). La tierra cubría todas sus necesidades, y en adelante comieron de lo que les suministraba Canaán. En Génesis leemos que Isaac podía sembrar y cosechar en la tierra. La Tierra Prometida suplía ampliamente todas sus necesidades, pues recogió cien veces más en el mismo año (Gn 26:12). Fue una cosecha especialmente ubérrima, sobre todo si tenemos en cuenta que no era una zona muy fértil la que le cobijó como forastero. Pero el secreto de la bendición residía simplemente en el hecho de que el Señor le bendijo.

Como cristianos, también somos ricamente bendecidos, y además con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo. Una «cosecha centuplicada» está disponible para nosotros. También podemos, por así decir, «sembrar y segar» en esta tierra celestial. La cosecha de la Tierra Prometida no nos defraudará. La epístola a los Gálatas utiliza la imagen de la siembra y la cosecha en la vida espiritual a través del Espíritu (Gá 6:8). En la parábola del Sembrador, leemos, asimismo, sobre una cosecha centuplicada. La semilla que cayó en tierra fértil dio fruto, una parte del ciento por uno, una parte del sesenta por uno y otra parte del treinta por uno (Mt 13:8). El fruto cien veces mayor es el que produce mayor rendimiento, y de este modo el creyente que escucha y entiende la Palabra de Dios genera una igual productividad. Ha sido sembrado en la buena tierra y puede dar fruto para Dios, la parte del ciento por uno. Tal persona es capaz de hacer crecer en el campo del Espíritu y cosechar el fruto glorioso y rico de la vida eterna (Gá 5:22; 6:8-9).

También hay una aplicación profética que hacer en este contexto, pues la tierra de Canaán volverá a dar ricos frutos en el Reino de Paz. El Señor tendrá misericordia

del remanente de Su pueblo. Oirá a los cielos, y ellos responderán a la tierra; esta responderá con grano, con vino nuevo y aceite, y aquellos responderán a Jezreel (Os 2:20-22); las eras se llenarán de trigo, y las cubas rebosarán de vino nuevo y aceite (Jl 2,24); Israel comerá en abundancia y quedará satisfecho. Dios cambiará la suerte de su pueblo, y vendrán días en que el labrador aventajará al segador, el lagarero al que siembra. Las montañas gotearán vino dulce, y todas las colinas rebosarán de él. Dios plantará a Su pueblo en su tierra, y ya no será arrancado del territorio que Él le ha dado (Am 9:13-15).

Pozos de agua en la Tierra Prometida

Volviendo a la historia de Isaac, vemos otra característica importante de su vida como extranjero en la tierra de los filisteos, a saber, la posesión de una cantidad de pozos. El pozo de Beerseba – el pozo del juramento – puede considerarse, incluso, el séptimo pozo que los siervos de Isaac excavaron (Gn 26:23-33). Como ya se ha señalado, en este capítulo se indican tres rasgos importantes de la vida de peregrinaje de Isaac: poseía un altar, una tienda y un pozo en Beerseba. Era un adorador, puesto que tenía un ara. Y viajaba hacia una patria mejor, celestial. Era forastero y habitaba en tiendas, pero también encontraba continuamente pozos de agua que excavar. Así, en el camino, como persona redimida, podía sacar alegremente agua de los pozos de la salvación (cf Is 12:3).

Los pozos que Isaac excavó se remontaban a los días de su padre. Habían sido tapados y rellenados con tierra por los filisteos tras la muerte de Abraham (Gn 26:15). Los filisteos son una imagen de los cristianos nominales, que fijan su mente en las cosas terrenales y ponen su confianza en la carne (Fil 3:19). Los filisteos eran considerados archienemigos de los israelitas. Así, la carne y el Espíritu siguen siendo opuestos hoy en día.

Isaac volvió a cavar los pozos de su progenitor y los llamó con los mismos nombres que este (Gn 26:18). No se trataba de tradicionalismo, sino de volver a lo que poseía desde el principio, gracias al esfuerzo de su padre y de sus siervos. Seguimos encontrando los mismos tesoros antiguos en la Palabra de Dios, pozos de agua viva, que el pueblo divino ha poseído «desde el principio» (para este término, véase 1 Juan). También había pozos sobre los que existían disputas con los filisteos. Las disputas de los pastores de Isaac con los pastores de Abimelec pueden asemejarse a los conflictos entre los apóstoles – los verdaderos pastores del pueblo de Dios – y los maestros y apóstoles falsos, aunque estos pretendan ser devotos. Incluso en la época del Nuevo Testamento, había conflictos y peligros que amenazaban al

rebaño (Hch 20:29-30; Ro 16:17; 1 Co 15:12; Gá 1:6-9; Fil 3:2; Col 2:4ss; 1 Ti 1:3-7; 4:1-5; 2 Ti 2:14s; 3:1-9).

Los siervos de Isaac cavaron en el valle y encontraron un pozo de agua corriente (Gn 26,19). Esta es el agua más apreciada, el agua fresca de manantiales y arroyos burbujeantes (véase también Cantares 4:15). Encontramos la misma expresión «agua viva» en el Nuevo Testamento, en la conversación de Nuestro Señor con la samaritana y en Su anuncio de la venida del Espíritu el último y gran día de la fiesta de los Tabernáculos (Jn 4,10ss; 7,37-39). Las corrientes de agua viva son una imagen de la obra vivificadora del Espíritu de Dios.

Los filisteos – creyentes nominales o falsos maestros – no pueden hacer valer ningún derecho al respecto. No conocen la obra vigorizante del Espíritu. *Esek* (que significa «disputa») y *Sitnah* («enemistad») preceden a otro pozo sobre el que no se produjo ningún desacuerdo. A este lo llamó Isaac *Rehobot* («amplitud»), porque dijo: «Ahora Yahveh nos ha hecho sitio, y seremos fecundos en la tierra» (Gn 26:22). Así pues, estos conflictos acabaron dando como resultado anchura y fecundidad en la tierra. Lo mismo nos ocurrirá si nos mantenemos firmes en las batallas espirituales y seguimos adentrándonos en la tierra que se nos ha dado. Entonces encontraremos tanto el manantial superior como el inferior (cf Jueces 1:15), lo que nos permitirá vivir en el reino del Espíritu – no en el de la carne – y dar fruto para gloria de nuestro Señor.
